

NICK HORNBY

Juliet, desnuda



Annie y Duncan están cerca de la cuarentena y son una pareja de hecho desde hace quince años. Viven en una pequeña ciudad de la costa de Inglaterra, un lugar gris donde antes veraneaba la clase obrera. Ambos son funcionarios, llevan una vida tranquila de pequeños placeres, y parecen hechos el uno para el otro.

Pero están en la frontera de la temida adultez, y a Annie le inquieta ese paso del tiempo sin pasión ni emoción en el que parecen hundidos, la juventud que se acaba sin propuestas de futuro, y sobre todo, sin hijos.

Porque toda la pasión de Duncan se concentra en Tucker Crowe, un músico americano que tras un espléndido álbum, *Juliet*, desapareció para siempre y vive recluido no se sabe dónde. Pero Annie, Duncan y el reaparecido Tucker comienzan a cruzarse por los caminos de Internet, y también a encontrarse en la realidad más real, descubriendo que la vida nos da sorpresas y que todo, aun en el límite de la madurez, puede cambiar.

1

Habían volado de Inglaterra a Minneapolis para mirar unos aseos. La verdad desnuda de esa realidad sólo se hizo consciente en Annie cuando de hecho estuvieron en su interior: aparte de los *graffiti* en las paredes, algunos de los cuales hacían algún tipo de referencia a la importancia de los retretes en la historia de la música, era un recinto húmedo, oscuro, maloliente y absolutamente común y corriente. Los norteamericanos eran muy buenos en lo de sacar el mayor partido al patrimonio común, pero ni siquiera ellos dos podían hacer mucho más en aquel lugar.

—¿Tienes la cámara, Annie? —dijo Duncan.

—Sí. Pero ¿qué quieres fotografiar?

—Bueno, ya sabes...

—No.

—Bueno..., pues el urinario.

—¿Qué...? ¿Cómo les llamas a estas cosas?

—Mingitorios. Eso.

—¿Quieres salir en la foto?

—¿Hago como que estoy meando?

—Si quieres...

Duncan se puso delante del mingitorio del medio de los tres que había, con las manos frente a él en ademán convincente, y sonrió a Annie mirando hacia atrás por encima del hombro.

—¿Ya?

—No estoy segura de que haya funcionado el flash.

—Saca otra. Sería idiota haber venido hasta aquí y no conseguir una buena.

Esta vez Duncan se quedó de pie dentro de uno de los excusados, con la puerta abierta. Por alguna razón la luz era mejor allí dentro. Annie consiguió una buena fotografía de un varón en un retrete público, la imagen que cabría esperar en esos casos. Cuando Duncan se apartó, Annie pudo ver que el inodoro, como casi todos los de los clubs de rock que había visto en su vida, estaba atascado.

—Vamonos —dijo Annie—. Ese ni siquiera quería dejarme entrar.

Era verdad. Al principio el tipo de detrás de la barra había sospechado que buscaban un sitio donde meterse un pico, o incluso fornicar. Al final —y de forma bastante hiriente— había decidido claramente que no eran capaces de hacer ninguna de las dos cosas.

Duncan le dirigió una última mirada y sacudió la cabeza.

—Si los retretes hablaran, ¿eh?

Annie se alegraba de que aquél no pudiera hacerlo. Duncan habría querido quedarse charlando con él toda la noche.

La mayoría de la gente no sabe mucho de la música de Tucker Crowe, y no digamos de los momentos más oscuros de su carrera, así que tal vez no esté fuera de lugar contar otra vez la historia de lo que le pudo o no pasar en los aseos del Pits Club. Crowe estaba en Minneapolis para una actuación, y se había presentado en el Pits Club para ver a un grupo local llamado los Napoleón Solo, del que había oído muy buenos comentarios. (Algunos fans acérrimos de Crowe, entre los que se contaba Duncan, tenían una copia del único álbum del grupo, *The Napoleón Solos Sing Their Songs and Play Their Guitars*.)^[1] En mitad de la actuación, Tucker fue al aseo. Nadie sabe lo que le sucedió allí dentro, pero, cuando salió, volvió directamente al hotel y llamó por teléfono a su mánager para que cancelara lo que quedaba de la gira. A la mañana siguiente empezó lo que nosotros

ahora consideramos su jubilación. Eso fue en junio de 1986. Desde entonces nadie ha oído nada de él —no hay nuevas grabaciones, ni actuaciones, ni entrevistas—. Si adoras a Tucker Crowe tanto como lo adoran Duncan y un par de miles de personas diseminadas por el mundo, el aseo de caballeros de ese club tiene muchas cosas que decir. Y dado que —como Duncan observó acertadamente— ese aseo no puede hablar, los fans de Crowe tienen la obligación de hablar en su nombre. Hay quienes sostienen que Tucker vio a Dios, o a alguno de Sus Representantes; otros, que tuvo una experiencia que lo puso a las puertas de la muerte después de una sobredosis. Otra versión afirma que sorprendió a su novia haciendo el amor con el bajo de su grupo, si bien Annie consideraba esta hipótesis un tanto fantasiosa. ¿Podía la visión de una mujer follándose a un músico en un retrete haber causado realmente aquellos veintidós años de silencio? Puede que sí. Quizá Annie no había sentido nunca una pasión tan intensa. En cualquier caso... Pasara lo que pasare, lo único que uno ha de saber al respecto es que algo muy profundo y capaz de cambiar la vida de una persona tuvo lugar en el cubículo más pequeño de un pequeño club.

Annie y Duncan se hallaban en la mitad de una peregrinación de Tucker Crowe. Habían recorrido Nueva York mirando en varios clubs y bares que tenían algún tipo de relación con Crowe, aunque la mayoría de estos sitios de interés histórico eran ahora tiendas de ropa de diseño o sucursales de McDonald's. Habían estado en la ciudad de su infancia, Bozeman, Montana, donde —de forma emocionante— una anciana salió de su casa para decirles que Tucker, de chiquillo, lavaba el viejo Buick de su marido. La antigua casa de la familia Crowe era pequeña y agradable, y ahora era propiedad del director de una pequeña empresa de artes gráficas, que se sorprendió mucho al saber que habían viajado desde Inglaterra para ver el exterior de su casa pero no les invitó a entrar. De Montana volaron a Memphis

para visitar el lugar en el que había estado el viejo American Sound Estudio (demolido en 1990), donde Tucker, borracho y doliente, había grabado *Juliet*, su legendario álbum de ruptura y uno de los preferidos de Annie. Quedaba aún Berkeley, California, donde Juliet —en la vida real una antigua modelo de vida social muy activa llamada Juliet Beatty— seguía viviendo hasta el día de hoy. Se plantarían delante de su casa, como se habían plantado ante la casa del impresor, hasta que a Duncan se le agotaran las razones para seguir mirando, o hasta que Julie llamara a la policía, algo que ya le había acontecido a un par de fans de Crowe de los que Duncan tuvo noticia en un tablón de mensajes de Internet.

Annie no se arrepentía de aquel viaje. Había estado en los Estados Unidos un par de veces, en San Francisco y Nueva York, pero le gustaba que Tucker la llevara a sitios que de otra manera ella nunca habría visitado. Bozeman, por ejemplo, resultó ser una pequeña y preciosa ciudad de montaña, rodeada de cadenas montañosas de exóticos nombres de los que no había oído hablar en su vida: el Big Belt, el Tobacco Root, los Spanish Peaks. Después de quedarse mirando la pequeña y anodina casa, fueron andando hasta la ciudad y tomaron té helado en la soleada terraza de un café «biológico», mientras a lo lejos un ocasional Spanish Peak, o tal vez la punta de un Tobacco Root, amenazaban con punzar el frío cielo azul. Había vivido mañanas peores que aquella en vacaciones que habían prometido mucho más. En lo que a ella concernía, era una especie de gira por Norteamérica aleatoria, siguiendo un mapa marcado con pins. Acabó asqueada de oír hablar de Tucker, por supuesto, y de hablar de él y de escucharle y de tratar de entender las razones que había detrás de cada decisión creativa y personal que había tomado a lo largo de su carrera. Pero también había acabado asqueada de oír hablar de él en casa, y prefería con mucho acabar hasta el gorro de él en Montana o Tennessee que en Gooleness, la pe-

queña ciudad costera de Inglaterra donde compartía casa con Duncan.

El único lugar que no estaba en el itinerario era Tyrone, Pennsylvania, donde —se creía— vivía Tucker, aunque, como sucede con todas las ortodoxias, había también herejes: dos o tres integrantes de la comunidad de Crowe suscribían la teoría —interesante pero absurda, según Duncan— de que vivía en Nueva Zelanda desde principios de los noventa. Tyrone ni siquiera se había mencionado como posible destino cuando planearon el viaje, y Annie creía que entendía por qué. Un par de años atrás, un fan viajó hasta Tyrone y anduvo dando vueltas hasta encontrar lo que creyó que era la granja de Tucker Crowe; y volvió con una fotografía de un hombre de aire inquietantemente quejumbroso que le apuntaba con una escopeta. Annie había visto la fotografía muchas veces y le parecía penosa. La cara del hombre estaba desfigurada por la rabia y el miedo, como si todo aquello por lo que había trabajado y todo aquello en lo que creía estuviera siendo destruido por una Canon Sureshot. A Duncan no le preocupaba demasiado la violación de la intimidad de Crowe: el fan, Neil Ritchie, gozaba de un nivel de fama y respeto al estilo de Zapruder^[2] entre los fieles de Crowe que Annie sospechaba que Duncan más bien envidiaba. Lo que afectó mucho a Duncan fue el hecho de que Tucker Crowe llamara «puto imbécil» a Neil Ritchie. El nunca habría soportado algo semejante.

Después de haber estado en los aseos del Pits, siguieron el consejo del portero y comieron en un restaurante tailandés del Riverfront District, a unas cuantas manzanas de distancia. Resultó que Minneapolis estaba a orillas del Mississippi —¿quién iba a saberlo aparte de los norteamericanos y de casi todo aquel que haya prestado atención a las clases de geografía?—, así que Annie acabó viendo algo que nunca había esperado ver, aunque una vez allí, en su extremo me-

nos romántico, el río se parecía decepcionantemente al Támesis. Duncan estaba animado y parlanchín, y aún era incapaz de creerse del todo que acababa de estar en el lugar al que tanta energía imaginativa había dedicado a lo largo de los años.

—¿Crees que es posible dar un curso entero sobre el retrete?

—¿Estando sentado en él, quieres decir? No pasarías ni la inspección de Sanidad.

—No me refería a eso.

A veces a Annie le habría gustado que Duncan tuviera un sentido del humor más fino —un sentido más fino: capaz, al menos, de hacerle comprender que las cosas pueden tratarse de forma humorística—. Sabía que era demasiado tarde para esperar bromas de verdad.

—Me refería a dar un curso entero sobre los servicios del Pits Club.

—No.

Duncan la miró.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Estoy diciendo que un curso entero sobre la visita de Tucker Crowe a los aseos de caballeros hace veinte años no sería demasiado interesante.

—Incluiría otras cosas.

—¿Otras visitas a retretes de la historia?

—No. Otros momentos cruciales en las carreras profesionales de las personas.

—Elvis también tuvo un buen momento en un retrete. Y también fue bastante crucial en su carrera.^[3]

—Morirse es diferente. Es demasiado involuntario. John Smithers escribió un trabajo sobre esto para la página web. La muerte creativa versus la muerte real. Era bastante interesante, la verdad.

Annie asintió con la cabeza con entusiasmo, mientras al mismo tiempo abrigaba la esperanza de que Duncan imprimiera ese artículo y se lo pusiera delante al volver a casa.

- Prometo que después de estas vacaciones dejaré de ser tan Tuckercéntrico —dijo.
- No te preocupes. No importa.
- Quería hacer esto desde hace tiempo.
- Lo sé.
- Lo expulsaré de mi sistema.
- Espero que no.
- ¿De veras?
- ¿Qué quedaría de ti si lo hicieras?

No había querido ser cruel. Llevaba con Duncan casi quince años, y Tucker Crowe había sido siempre parte del lote, como una discapacidad. Para empezar, esta tara no le había impedido llevar una vida normal: sí, había escrito un libro (aún no publicado) sobre Tucker, había dado conferencias sobre él, había participado en un documental de la BBC y había organizado congresos, pero de algún modo estas actividades siempre le habían parecido a Annie episodios aislados, ataques esporádicos.

Pero llegó Internet y lo cambió todo. Cuando —un poco más tarde que los demás— Duncan descubrió cómo funcionaba el asunto, creó una página web llamada «¿Puede oírme alguien?», título de uno de los «cortes» de un EP oscuro de Crowe, grabado después del fracaso hiriente de su primer álbum. Hasta entonces, el fan más cercano era un individuo que vivía en Manchester, a unos cien o ciento veinte kilómetros de distancia, y Duncan se veía con él una o dos veces al año. Ahora, los fans más cercanos vivían en su portátil, y eran centenares, de todo el mundo, y Duncan hablaba con ellos continuamente. Al parecer existía un asombroso montón de cosas sobre las que hablar. La página web tenía una sección de «Últimas noticias» que nunca dejaba de divertir a Annie, pues no se podía decir que Tucker estuviera haciendo gran cosa en la actualidad. («Que nosotros sepamos», añadía siempre Duncan.) Pero siempre había algo

que pasaba por noticia entre sus fieles seguidores —una «noche Crowe» en un programa de radio por Internet, un nuevo artículo, un álbum recién editado de un antiguo miembro de su banda, una entrevista con un ingeniero de sonido—. El grueso del contenido, sin embargo, eran análisis de las letras, o rastreos de influencias, o conjeturas —al parecer inagotables— sobre su silencio. No es que Duncan no tuviera otros intereses. Poseía unos conocimientos de especialista sobre el cine independiente norteamericano de los años setenta y las novelas de Nathaniel West, y estaba desarrollando un enfoque nuevo y atractivo de las series de la HBO —pensaba que en un futuro no muy lejano estaría preparado para enseñar *The Wire*—. Pero todo esto no eran más que flirteos, comparado con su pasión principal. Tucker Crowe era el compañero de su vida. Si Crowe tenía que morir —morir en la vida real, por así decir, más que en el mundo de la creatividad— Duncan lideraría su duelo. (Ya tenía escrita su necrológica. De vez en cuando se preocupaba mucho sobre si debía enseñársela ya a un reputado periódico o esperar a que llegara el momento.)

Si Tucker era el marido, Annie tendría que ser más o menos la amante, pero, por supuesto, el vocablo no sería acertado: era demasiado exótico e implicaba un nivel de actividad sexual que en la actualidad habría horrorizado a ambos. Los habría intimidado incluso en los primeros tiempos de su relación. A veces Annie se sentía menos una novia que una compinche del colegio que hubiera llegado de visita en vacaciones y se hubiera quedado durante los veinte años siguientes. Los dos se habían ido a vivir a la misma ciudad costera inglesa más o menos al mismo tiempo; Duncan para acabar su tesis y Annie para dar clases, y los habían presentado unos amigos comunes que vieron claramente que, aunque no llegaran a nada más, podían charlar de libros y de música, ir al cine, viajar a Londres de vez en cuando para ir a exposiciones y espectáculos y conciertos. Gooleness no era una ciudad sofisticada. No había cine de

arte y ensayo, ni comunidad gay, ni siquiera una Waterstone's^[4] (la más cercana estaba carretera adelante, en Hull), y sintieron un gran alivio al conocerse. Empezaron a tomar copas juntos por la noche, y a quedarse a dormir uno en casa del otro los fines de semana, hasta que tales estancias se convirtieron en algo prácticamente indistinguible de la cohabitación. Y habían seguido y seguido así, estancados en un mundo perpetuo de posgraduados donde los conciertos de rock y los libros y las películas les importaban mucho más que a otras personas de su edad.

La decisión de no tener hijos no la habían tomado nunca, y nunca había habido ninguna discusión que les hubiera llevado a posponer tal decisión. El «quedarse a dormir» en casa de uno o de otro no tenía nada que ver en este asunto. Annie podía imaginarse como madre, pero Duncan no era precisamente la idea que uno podía tener de un padre, y, en todo caso, ninguno de los dos se habría sentido cómodo tratando de consolidar su relación de esa manera. No era eso lo que buscaban. Y ahora, con una irritante previsibilidad, Annie estaba pasando por lo que todo el mundo le había dicho que pasaría: se moría por tener un hijo. Y tal anhelo la acuciaba cada vez que tenía lugar cualquiera de los acontecimientos dolientes-dichosos normales de la vida: Navidad, el embarazo de una amiga, el embarazo de una completa desconocida con la que se topaba por la calle. Y, que ella supiera, deseaba un hijo por las razones normales por las que una mujer desea un hijo. Quería sentir el amor incondicional, en lugar del afecto condicional y tibio que podía arrancar de Duncan de vez en cuando; quería que la abrazara alguien que jamás cuestionara ese abrazo, su porqué o su quién o su durante cuánto tiempo. Y había otra razón: necesitaba saber que podía tenerlo, que había vida dentro de ella. Duncan la había anestesiado, y ella, en su sueño, había quedado asexualada.

Superaría todo esto, seguramente; o al menos lo vería convertido en una pena nostálgica, más que en una caren-

cia punzante. Pero aquellas vacaciones no se habían planeado para confortarla. Podría argumentarse que más valía cambiar pañales que andar fisgando en urinarios de hombres. La cantidad de tiempo que tenían para sí mismos estaba empezando a ser un tanto... *menguante*.

Durante el desayuno en el hotel barato y desagradable del centro de San Francisco, Annie leyó el *Chronicle* y decidió que no quería ver el seto que ocultaba el jardín delantero de la casa de Julie Beatty en Berkeley. Había montones de otras cosas que hacer en la zona de la Bahía. Quería ver Haight-Ashbury, quería comprar un libro en City Lights, quería visitar Alcatraz, quería pasear por el Golden Gate. Había una exposición de arte de posguerra de la Costa Oeste en el Museo de Arte Moderno, a poca distancia del hotel. Se alegraba de que Tucker los hubiera atraído hasta California, pero no quería pasarse la mañana atenta a si los vecinos de Julie decidían si Duncan y ella suponían o no un peligro.

—Bromeas —dijo Duncan.

Annie se echó a reír.

—No —dijo—. Se me ocurren mejores cosas que hacer.

—¿Y lo dices ahora que hemos venido hasta aquí? ¿Por qué te pones así de repente? ¿Es que no te interesa esto? O sea, ¿que pueda salir en coche del garaje mientras estamos fuera?

—Me sentiría aún más idiota —dijo ella—. La tal Beatty me miraría y pensaría: «No me extraña, tratándose de él. Es uno de esos tíos que evitas a toda costa. Pero ¿qué está haciendo aquí una *mujer*?»

—Me estás tomando el pelo.

—No, de verdad que no, Duncan. Vamos a pasar en San Francisco veinticuatro horas, y no sé cuándo podré volver. Así que ir a la casa de una mujer... Si pudieras pasar un día

en Londres, ¿lo pasarías delante de la casa de alguien, en, no sé..., Gospel Oak?

—Pero si hubieras ido a Londres a ver la casa de alguien en Gospel Oak... Y no es la casa de una mujer cualquiera, lo sabes perfectamente. Es la casa donde sucedieron las cosas. Voy a ponerme donde él se puso.

No, no era una casa cualquiera. Todo el mundo —una vez dejado a un lado casi todo el mundo— lo sabía. Julie Beatty vivía en ella con su primer marido, que daba clases en Berkeley, cuando conoció a Tucker en una fiesta en casa de Francis Ford Coppola. Dejó a su marido aquella misma noche. No mucho después, sin embargo, se lo pensó mejor y volvió a casa a hacer las paces con él. Esa era la historia, al menos. Annie jamás había entendido bien cómo Duncan y demás cohorte de fans podían estar tan seguros sobre ciertas conmociones privadas acontecidas décadas atrás, pero lo estaban. «You and Your Perfect Life», la canción de siete minutos que pone broche al álbum, se supone que habla de la noche en que Tucker se plantó delante de la casa «tirando piedras contra las ventanas / hasta que él salió a la puerta; / ¿dónde estaba usted, señora de Steven Ballour?». El marido no se llamaba Nieven Balfour —huelga aclararlo—, y la elección de ese nombre ficticio había suscitado inevitablemente multitud de especulaciones en los tablones de mensajes del ciberespacio. La teoría de Duncan era que le habían puesto ese nombre por el primer ministro británico, el hombre acusado por Lloyd George de haber convertido la Cámara de los Lores en el «caniche del señor Balfour». Julie, por extensión, se había convertido en el caniche de su marido. Esta interpretación es considerada hoy definitiva por la comunidad tuckeriana, y si uno consulta «You and Your Perfect Life» en la Wikipedia, parece que encontrará el nombre de Duncan en las notas a pie de página, con un enlace de su trabajo sobre el asunto. Nadie en la página ha osado nunca preguntarse si ese apellido se escogió simplemente porque rimaba con la palabra «puerta».^[5]

A Annie le encantaba «You and Your Perfect Life». Le encantaba su ira implacable y el modo en que Tucker iba de la autobiografía al comentario social al convertir la canción en una diatriba contra la manera en que los hombres anulaban a sus mujeres. Normalmente no le gustaban los solos rugientes de guitarra, pero le encantaba la forma en que aquel solo rugiente de guitarra de «You and Your Perfect Life» parecía tan elocuente e iracundo como la propia letra. Y le encantaba la ironía del conjunto: cómo Tucker, el hombre que meneaba el dedo en dirección a Steven Balfour, había anulado a Julie más integralmente de lo que su marido había logrado anularla nunca. Era la mujer que habría de romper el corazón de Tucker para siempre. Sintió lástima de Julie, que había tenido que vérselas con hombres como Duncan, que tiraban piedras contra su ventana —metafóricamente, y es probable que incluso literalmente— cada dos por tres desde que la canción vio la luz. Pero también la envidiaba. ¿Quién no desearía despertar tal pasión en un hombre, tal infelicidad e inspiración? Si no eres capaz de escribir canciones, lo mejor que puedes hacer es sin duda lo que hizo Julie.

Pero Annie siguió sin querer ver la casa de Julie. Después del desayuno cogió un taxi hasta el otro lado del Golden Gate, y emprendió el camino de vuelta a pie a la ciudad, con el viento salobre avivando su gozo de estar sola.

Duncan se sintió un tanto raro yendo a la casa de Julie sin Annie. Era ella quien solía organizar el transporte a dondequiera que fueran, y era ella la que sabía volver al lugar de donde habían partido. Él habría dedicado su energía mental a Julie, la persona, y a *Juliet*, el álbum. Intentaba escucharlo dos veces de principio a fin, la primera en su forma publicada y la segunda con las canciones en el orden que Tucker Crowe había concebido originalmente para ellas —según el ingeniero de sonido que estuvo a cargo de las se-

siones de grabación—. Pero eso no le iba a funcionar ahora, porque necesitaría toda su concentración para el BART. [6] Según había entendido, tenía que entrar en Powell Street y tomar la línea roja hasta North Berkeley. Parecía fácil, pero, por supuesto, no lo era, porque una vez que estuvo en el andén no fue capaz de distinguir un tren de la línea roja de otro que no lo era. Y no podía preguntar a nadie. Preguntar a alguien habría puesto de manifiesto que no era nativo, y aunque eso no tenía la menor importancia en Roma o París, o incluso en Londres, sí importaba allí, donde habían acontecido tantas cosas que a él tanto le importaban. Y, como no había podido preguntar, acabó en un tren de la línea amarilla —aunque no pudo saber que lo era hasta que llegó a Rockridge—, lo que supuso que tuvo que volver hasta la parada de la calle 19 con Oakland para cambiar de línea. ¿Qué le pasaba a Annie? Sabía que ella no era tan fan de Tucker Crowe como él, pero pensaba que en los últimos años había ido entrando más y más en esa devoción, como era de esperar. Un par de veces había vuelto a casa y la había encontrado escuchando «You and Your Perfect Life», aunque no había logrado interesarla en la infame —pero superior— versión de la grabación pirata en el Bottom Line, [7] cuando Tucker había hecho añicos la guitarra al final del solo. (El sonido era un poco turbio —hay que admitirlo—, y había un borracho muy molesto que no paraba de gritar «Rock and roll» en el micrófono —y precisamente en el último verso— de quien estaba grabando en directo, pero si lo que Annie buscaba era ira y dolor, era allí donde encontrarlo.) Él había tratado de fingir que la decisión de Annie de no ir con él era perfectamente comprensible, pero lo cierto es que estaba muy dolido. Dolido y, momentáneamente al menos, perdido.

El hecho de llegar hasta North Berkeley Station lo vivió como una auténtica hazaña, y —como premio— se permitió el lujo de preguntar qué debía hacer para ir a Edith